

hallar nuestra "identidad cultural" ante el riesgo de que nos convirtamos en víctimas del colonialismo (pág. 409).



La Nueva Era seguramente dará pie para que se encuentre lo que antes era agua y aceite: el yoga, el anarquismo tolstoiano, el surrealismo, los desertores del psicoanálisis, la antigua izquierda confundida y todas las mentalidades alternativas que preludian el nuevo milenio. ¿Será una segunda batalla contra la Ilustración? ¿El racionalismo quedará hecho trizas? Un libro como el de Darío Botero da para que el lector deduzca esa consecuencia terrible y alucinante. Tras su "pienso que hay necesidad de liberar el pensamiento y la acción de las acciones racionalistas" (pág. 58), él supone que se abre la puerta a la utopía. El reseñista cree, al contrario, que se cierra. Peor aún: queda aplazada una opción sensata de construir alguna alternativa social o, por lo menos, alguna discusión académica rigurosa que parta de su libro.

El sinuoso método de trabajo de Darío Botero acaba por afectar su forma de plantear y discutir problemas filosóficos. Él no lee con libertad o con fines menos angustiosos; lee para glosar y complementar o refutar alguna idea que le parece imprescindible. Los filósofos citados, en muchas ocasiones, no le sirven de fuente; más bien pareciera que ellos se apoyan en él. Este procedimiento, en varios de sus aspectos, se parece mucho al de Estanislao Zuleta, quien no podía escribir (¿o ha-

blar?) tranquilo sin aportar con urgencia alguna "idea personal" que tenía sobre la multiplicidad de asuntos divinos y humanos que dominaba.

Las diferencias que, por ejemplo, tiene Botero de "tú a tú" con Rousseau, Hobbes o Locke, y su ego inflamado por súbitas ideas luminosas ("la democracia no es una forma de gobierno..., es un horizonte que el hombre ha perseguido en todas las épocas") esconden, sin duda alguna, más un problema de figuración o de ostracismo personal que una preocupación seria por lo que quiere discutir (una sociología del intelectual colombiano del siglo XX seguramente deberá incluir un amplio capítulo y una antología sobre "El ego y sus infortunios en los escritores colombianos"). Y las peroratas de Botero en favor de un mundo no represivo, donde la libido halle su expresión libre, la democracia tenga carácter directo y los ciudadanos puedan expresar libremente sus opiniones a través de obras de arte, dejan la impresión de un desesperado profesor que quiere gritar su verdad y ser escuchado en un solitario desierto (con todo lo cursi e inútil que representa esta imagen), antes que plantear de manera científica problemas filosóficos.



El poder de la filosofía y la filosofía del poder de Darío Botero Uribe, más que presentar un resultado investigativo de alguna importancia académica producido por la facultad de derecho de una universidad pública, refleja la grave crisis que ella vive y el deterioro de su calidad profesoral, los cuales en los últimos diez años se han hecho todavía más agudos. Un coctel molotov —alza

en las matrículas, proliferación de currículos que se reforman cada dos meses, reducción de cupos, evidente discriminación contra el ingreso de estudiantes de sectores populares, contratación de profesores de cátedra a siete mil pesos la hora—, es decir, la herencia dejada por el exrector Antanas Mockus, son parte del progresivo ataque que desde el Estado y la universidad privada se ha hecho contra la, hipócritamente, llamada alma máter. La Universidad Nacional no lo es, porque ella hoy no representa ningún proyecto colectivo, encerrada en sus problemas burocráticos y de orden público, esto es, esperando en forma agónica quién le dé la puñalada final.

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

Mil doscientas veintiocho masacres con ocho mil muertos

Enterrar y callar.

Las masacres en Colombia, 1980-1993

María Victoria Uribe y Teófilo Vásquez
Comité Permanente por la Defensa de los
Derechos Humanos y Fundación Terre des
Hommes, Santafé de Bogotá,
1995, 2 vols.

Quien pretenda ahondar en la actual tragedia nacional que llamamos las violencias, para distinguirla de esa otra tragedia nacional, la Violencia (c. 1945-1965), debe estudiar este producto de una concienzuda investigación, llevada a cabo en "escasos ocho meses —abril a noviembre de 1993—" por un equipo en el cual también participaron los psicólogos María Solita Quijano y Omer Calderón, y contó con recursos de las instituciones que lo publican. Los prólogos, de Alfredo Vásquez Carrizosa y del historiador Fernán González, S. J., subrayan los propósitos, aspectos y conclusiones más importantes de la investigación.

"En Colombia —nos recuerdan los autores— un proyecto de vida, una familia e incluso una comunidad veredal

pueden desaparecer y casi siempre lo hacen después de una masacre" (pág. 60). La masacre es definida como "el acto de liquidación física violenta, simultánea o cuasisimultánea, de más de cuatro personas en estado de indefensión" (pág. 37). Bajo tales supuestos, la investigación se ocupa "de la masacre en tanto que manifestación de una sociedad que está cruzada por múltiples conflictos" (pág. 21) o, más explícitamente, de la masacre como "expresión límite" en Colombia, que es "una construcción social violenta" (págs. 34 y sigs.). Para cumplir su objetivo, los autores deben adentrarse en el análisis de "los actores de la violencia en su vida cotidiana, en sus vivencias y en su particular perspectiva de vida" (págs. 21-22).



Previamente, han sacado en limpio aspectos tales como las fechas, magnitudes, localización, condiciones socio-políticas de las víctimas, y de los victimarios, armas empleadas y circunstancias, de cada una de las 1.228 masacres registradas (unas 8.000 víctimas) y que abarcan el segundo volumen de la obra. Aun así, el primer volumen trae un apéndice con ocho gráficos estadísticos y 10 croquis departamentales, 3 nacionales, uno del valle de Aburrá y otro de la región de Urabá y Córdoba que, como los gráficos, no llevan paginación. Si aceptamos

los estimativos de esta obra, podemos concluir que las víctimas de masacres cometidas entre 1980 y 1993 no llegan al 3% del total de los 270.000 homicidios ocurridos en el país en ese período y están bien por debajo de la cifra de muertos en accidentes de tránsito.

El estudio enfoca tres casos rurales, aunque se concentra en el primero y el último: a) La zona esmeraldífera de Boyacá, en particular la guerra librada entre los grupos Cozquez y Borbur que, de 1984 a 1990 dejó 3.500 muertos. b) Los conflictos del Magdalena Medio, tanto los obrero-patronales en las industrias del petróleo y el cemento (Barrancabermeja y Puerto Nare) como los "territoriales" (FARC y ELN contra narcos y paramilitares que surgen en 1982) en lugares como Puerto Boyacá, Cimitarra o San Vicente de Chucurí. c) La región del Ariari, en el departamento del Meta, cuya poblamiento se remonta a los años 40 y es presentada como la convergencia territorial de tres tipos de colonización: la guerrillera, la institucional y la "intermitente y esporádica" que, paradójicamente, "es un fenómeno constante" (pág. 51) aunque establecen dos oleadas de colonos: la de 1948-1953, y la más reciente, en los años 80, que llega con la bonanza de la coca.

Puesto que el fenómeno se da con particular virulencia en la Comuna Oriental de Medellín y en Ciudad Bolívar de Bogotá, el estudio dedica varias secciones a su descripción y análisis.

Este trabajo comparte, con muchos de los citados en la bibliografía, una paciencia y tenacidad admirables por capturar los detalles de la tragedia, y su impacto social es innegable: nos obliga a desechar prejuicios, concepciones erradas y perspectivas facilistas de las violencias colombianas. Es comprensible que sus autores busquen traspasar los umbrales de lo empírico para arribar a explicaciones profundas sobre su causalidad y significado. Desde esta perspectiva, la sustancia de *Enterrar y callar* reside, a mi juicio, entre las páginas 24 y 108, que confirman la noción de la multiplicidad y variedad de manifestaciones del actual oleaje de violencias enraizadas en la primera Violencia, con mayúscula, aunque, desde los años 80, el narcotráfico le está dando un nuevo sentido. En este punto,

los autores se ven precisados a recurrir a una metáfora mecánica, "la bola de nieve", para pasar inmediatamente a una metáfora biológica: el narcotráfico "ha servido como agente de contagio y ha contribuido a extender la violencia a lo largo y ancho del tejido social" (pág. 111).

La concisión narrativa de los casos de "masacres rurales", de por sí tan abigarradas, es ejemplar. Virtud que se debilita al llegar al estudio de las masacres urbanas. Aquí, es evidente que los autores no quisieron apoyarse en la criminología, ni acudir a los bien conocidos estudios de la violencia en Cali y su entorno, emprendidos por el Grupo de Investigación sobre Violencia Urbana y Conflicto del CIDSE de la Universidad del Valle que, quizás, les hubiesen permitido emprender una crítica más adecuada de las fuentes cuantitativas, de las tipologías y modalidades, de los "campos y escenarios" y, en última instancia, les hubiesen servido para descifrar las orientaciones "sociales" (a través de la noción de "conflicto") vertidas aparentemente en conductas adolescentes y juveniles, manipuladas por adultos organizados en instituciones (como la policía o el ejército) o en mafias, cuyas líneas de separación con los institutos armados del Estado colombiano son formalismos, si pensamos en sus líneas de contacto y complicidad.

La moderna criminología puede dar cuenta con más solvencia de la aquí lograda, de muchas de las modalidades descritas como, por ejemplo, de este diálogo de los investigadores con un testigo de una masacre en Ciudad Bolívar: "¿Por qué cree que los mataron? *Por placer. Los mataron por placer*" (pág. 94).

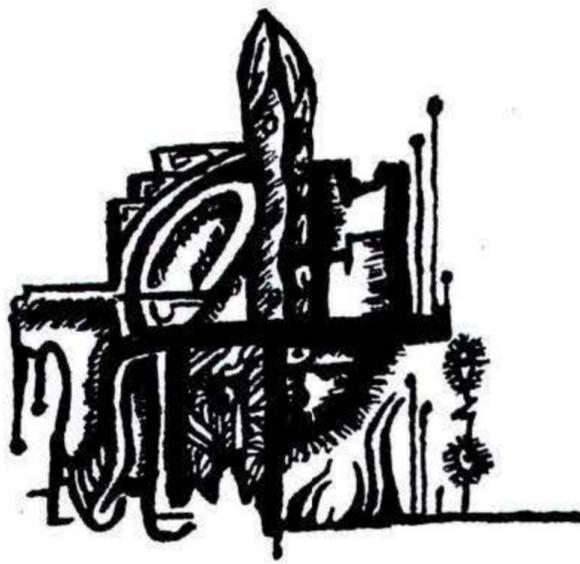
¿Por qué este paciente y honrado esfuerzo por reconstruir con los materiales más básicos, se ve interrumpido por la impaciencia de saltar a la teoría con mayúsculas? Las hipótesis de *Enterrar y callar*, armadas sobre las nociones weberianas de acción social y tipo ideal (págs. 34 y sigs.) pueden ser enteramente pertinentes, y me declaro incompetente para emitir un juicio al respecto. Me parecen, sin embargo, que se emplean rígidamente, y llevan a un esquema plano y unilineal: "masacres orientadas política, societal y económi-

camente"... Pero mi mayor reparo se refiere a que los autores, no siendo del todo consecuentes con este marco teórico-metodológico, deciden incursionar abruptamente en el ámbito de "la sociedad civil".

Al comienzo del estudio conceden atributos (positivos) a "la sociedad civil" (pág. 29) pero al final nos sorprenden: "La capacidad explicativa que la dicotomía Estado-sociedad civil ha tenido sobre el fenómeno de la violencia en Colombia, llega a sus límites y no solamente por las limitaciones teóricas del modelo; el fenómeno como tal, aunado al inmenso cúmulo de evidencias empíricas, ha sido rebasado. Por tanto, es preciso enfocar el problema de la violencia, y su modalidad límite, que es la masacre, desde el esquema de la acción social, con el fin de dar relieve al aspecto subjetivo del fenómeno" (pág. 110).

Aquí el problema es de partida doble. De una parte, Uribe y Vásquez, al igual que sus patrocinadores, reclaman una especie de mandato ético de "la sociedad civil", noción más bien extraña al análisis weberiano, que no definen y mantienen en toda su espléndida polisemia. ¿De qué estamos hablando? ¿De la sociedad individualista lockeana con su requerimiento de propiedad privada como derecho natural, y de un Estado para que pueda existir sobre la faz de la tierra una justicia imparcial? O, al estilo del siglo XVIII, ¿hablamos de la dicotomía sociedad civil "sin dominación política"/sociedad civil "con dominación política", y que, en la versión marxista gramsciana del siglo XX es la que se integra por la "hegemonía" más que por la "dominación", entendiendo dominación como el resultado de la lucha de clases, estructural y superestructural, de Marx y Engels?

Por otra parte, y antes de arrojar a la papelera el "modelo Estado-sociedad civil", habría que preguntarse si el gran problema colombiano no es precisamente la inexistencia de una sociedad civil. La brecha abierta entre el ideal de construir una sociedad civil y la historia de esa "construcción violenta" que resultaría ser Colombia, puede ayudar a plantear esa aparente "despolitización del uso de la fuerza" (que trae el narcotráfico), y para la cual esta obra no ofrece una explicación convincente.



El asunto rebasa el debate académico. Sin contextualizar estas violencias, desgajadas de una tradición política de raíces coloniales, será muy difícil reorientar la acción social de los colombianos hacia la construcción de la sociedad civil requerida para ser miembros de la sociedad internacional del siglo XXI.

MARCO PALACIOS

Tú reinarás, este es el grito

Imperio y ocaso del Sagrado Corazón
en Colombia

Cecilia Henríquez

Altamir Ediciones, Santafé de Bogotá,
1996, 181 págs.

¿Qué impensada relación, qué recóndito nexos podría regir el avance de una línea que arrancando de un versículo del Cantar de los Cantares terminara comunicándose, con una lógica que no fuera la bizarra que impera en los sueños, con los episodios históricos más sobresalientes de la convulsionada historia colombiana? Defendiendo una tesis del humanismo renacentista, cabría afirmar que todas las esferas del universo están relacionadas. El libro de la socióloga e historiadora Cecilia Henríquez, quizá sin asumir ese objetivo específico, ejemplifica una de esas curiosas relaciones al seguir el hilo conductor —el símbolo del Sagrado Corazón de Jesús— desde su origen hasta dar con el nudo de la madeja que le interesa de-

sentrañar: la influencia de este símbolo en los aspectos religioso, social, político, ideológico y artístico de la historia colombiana.

La obra, sin duda, acoge los presupuestos teóricos sentados por Emile Durkheim (siempre atento a la observación de las representaciones colectivas, sobre todo de las religiosas) y de Max Weber (inclinado a descubrir las significancias de la acción social sin descuidar todo acto humano y los símbolos que en su operar crea), pero sin descuidar las metodologías de investigación propias de las nuevas corrientes sociológicas. Desde que Saussure expusiera la necesidad de una ciencia que tomara como objeto de estudio los signos, muchas han sido las disciplinas, antiguas y nuevas, que se han volcado ávidas a analizar un abundantísimo material antaño despreciado, seguras de poder explotar los contenidos epistemológicos de estos productos surgidos en el universo de las representaciones humanas.



En el esclarecedor prólogo con que el profesor Jaime Jaramillo Jiménez abre el estudio, se expone la triple función de estas representaciones sociales o imaginarios colectivos: "En primer lugar, cognoscitiva: a partir de ellos se plantean interpretaciones de la realidad social, natural y espiritual [...] En segundo lugar, estos sistemas simbólicos poseen una dimensión valorativa. No sólo hablan de lo que es sino de lo que debe ser [...] Por último, estas representaciones sociales se expresan en normas